

TRADICIONES PATRIAS


ESTA PUBLICACIÓN SALE
los días 1, 10 y 20 de cada mes
.....

16 páginas de folletín
de cada una de las obras:

Políticos del Carlismo
Victorias carlistas
Florangel (2.^a parte)
.....

Regalos a los suscriptores
Un año. . . 8 pesetas
(Pago adelantado)
.....

ADMINISTRACIÓN:
Biblioteca Tradicionalista
Aragón, 252
BARCELONA



Barcelona 20 Mayo 1913

Cuaderno 15.—20 Cfs.

PASATIEMPOS

Cómo premia Dios

al que oye la Misa

Santa Isabel, reina de Portugal, tenía un paje muy virtuoso de quien se servía para repartir sus limosnas secretas. Otro paje, impulsado por la envidia, resolvió perderle y para lograrlo persuadió al rey de que aquél había cometido un horrible crimen. El príncipe dió fe a la calumnia, y determinó sentenciar a muerte al acusado.

Advirtió al mayordomo de un horno de cal que iba a mandarle un paje para preguntarle si había ejecutado sus órdenes, y que por esa señal le reconocería. «Te apoderarás de él, le dijo, y le echarás en el horno: ha merecido la muerte por haber incurrido en mi justa indignación.» El día convenido fué enviado el paje al horno de cal. Mas, al pasar por delante de una iglesia, entró en ella para adorar a Jesucristo, y oyó una Misa, además de la que cuando entró estaba principiada.

Mientras tanto el rey, impaciente por saber lo que había pasado, envió al calumniador para informarse de si se había ejecutado aquella orden. El mayordomo del horno, tomando a éste por el paje de que le había hablado el príncipe, se apoderó de él y le arrojó en el fuego, que le consumió en pocos instantes. El paje de la reina, cumplidas sus devociones, continúa su camino, llega al horno y pregunta si se han ejecutado las órdenes del rey, y como se le contestase afirmativamente, vuelve a Palacio a dar cuenta de su comisión.

Sorprendióse el rey al verle volver, contra lo que esperaba; pero cuando fué instruido de las particularidades del suceso, adoró los altos juicios de Dios, hizo justicia a la inocencia del paje, y respetó siempre en lo sucesivo la verdadera virtud y la santidad.

Pensamientos morales

No perdáis una hora siquiera, puesto que no tenéis seguro ni un minuto.

No basta no llegar a ser malo: es precioso no dejar de ser bueno

El sabio descansa cambiando de trabajo.

El hombre suele creerse incapaz de hacer un trabajo, por pereza nada más. El que tiene buena voluntad y amor al trabajo no encuentra esas dificultades.

El gusanillo

—Ayer, mamita, sin que me vieran, cogí un rosquillo de la despensa, y en el instante mi mano tiembla: ¿quién de este susto la causa era?

—*El gusanillo de la conciencia.*

—A mi amiguita, la confitera, quité un pañuelo de su muñeca. Nadie lo sabe, nadie, ni ella, ¿quién me lo acusa quién me dá pena?

—*El gusanillo de la conciencia.*

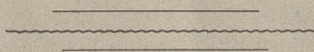
—Mamita, ¿cómo lo echaré fuera, que no me bulla, que no me muerda?
—¿Cómo, hija mía?
Si tú eres buena se irá el gusano de tu conciencia.

GABRIEL FERNÁNDEZ

Registrado Año 1857

Don Juan de Sureda: era todavía muy joven cuando estalló la última guerra civil; a pesar de ello acudió al Norte, ingresó en el Ejército y sirvió a las inmediatas órdenes del bravo General de Artillería D. Elicio de Berriz, último Ministro de la Guerra de Carlos VII.

Don Tomás de Sureda, hermano menor del anterior, se distinguió en la última campaña carlista como Ayudante de Campo del bizarro General de Artillería D. Antonio de Brea, Jefe de Estado Mayor del Príncipe y General de Artillería Don Alfonso de Borbón y de Austria, Conde de Caserta.



R1012

R. 1830

Don Juan Vidal de Llobatera e Iglesias

Nació en la villa de Llagostera, provincia de Gerona, el día 4 de Mayo del año 1840.

El origen de su familia es remotísimo; consérvase, o, por lo menos, se conservaba hace ya años, en su casa el árbol genealógico desde el año de 1100, sin haber cambiado nunca de apellido ni de domicilio; el segundo apellido de Llobatera procede del nombre del principal señorío que desde la más remota antigüedad posee tan distinguida familia.

Don Juan Vidal de Llobatera siguió las carreras de Leyes y de Administración, llegando a ser Doctor en la primera y Licenciado en la segunda, estableciéndose en Barcelona a desempeñar allí las funciones de Abogado.

Activo en extremo y animado de las ideas tradicionalistas desde sus primeros años, hizo gran propaganda de palabra, en los periódicos y en escritos sueltos; nadie le aventajó en celo y energía al verificarse las elecciones de Diputados provinciales y a Cortes en Cataluña durante el período revolucionario inaugurado con el destronamiento de Doña Isabel.

Elegido por la Junta provincial carlista de Gerona para dirigir la constitución de la Junta local de Llagostera, partió de Barcelona abandonando las tareas propias de su carrera; en su villa natal, población republicana en su mayoría, sostuvo en la plaza pública una polémica durante cuatro horas contra un propagandista republicano, pronunciando cada uno de los contrincantes un largo discurso en presencia de

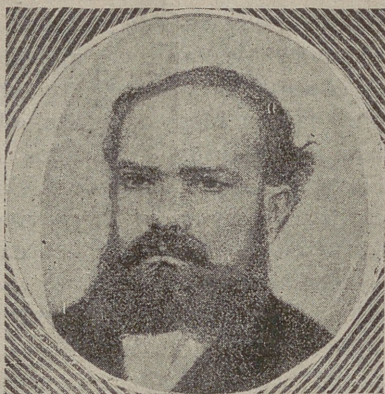
todos los habitantes de la villa y muchos de otras poblaciones circunvecinas que asistieron a aquel público y curioso torneo. La discusión tuvo lugar en medio de un orden admirable, con asistencia de las autoridades locales, y no sólo no se alteró el orden, sino que a pesar de hablar a un público que en su mayoría no profesaba sus ideas, fué felicitado el Sr. Vidal de Llobatera hasta por sus propios enemigos políticos.

Después fué delegado el Sr. Vidal de Llobatera para presidir la Junta carlista de Rivas, en la provincia de Barcelona, en donde sostuvo otro debate público en defensa de los ideales carlistas, teniendo en frente al escritor y propagandista republicano Sr. Roig y Minguet; a pesar de la energía con que argumentó nuestro digno biografiado, también aquella controversia pública se realizó en medio del mayor orden.

Donde continuamente explicaba sus doctrinas el Sr. Vidal de Llobatera, donde hacía más propaganda carlista era en el Ateneo Católico de Barcelona; la fama de su oratoria y su adhesión al Carlismo dieron lugar a que los electores de Torroella (provincia de Gerona) le honrasen con la investidura de Diputado a Cortes por aquel Distrito en el año de 1871.

Desde el primer momento en que el Diputado gerundense apareció en el Congreso, llamó la atención, no sólo de sus colegas, sino que también de cuantas personas ocupaban las tribunas. Su elevada estatura, sus formas hereúleas, de rostro franco, despejado, altivo, amenazador, más a propósito para vestir la cota de malla que la afeminada levita, atrajerón las miradas de todos; y cuando poco después tuvo ocasión de hablar, los diputados y el público comprendieron que bajo aquella forma varonil latía un corazón ardiente y se albergaba un carácter indomable.

Como rasgo particular que retrata su modo de ser, debemos citar el siguiente: Cuando recibió la investidura de Doctor, suprimido el juramento por la legislación revolucionaria, hizo pública protesta de fe católica jurando por Dios Trino y Uno, por la Santísima Virgen María y por los santos Evangelios, guardar, defender y observar toda su vida la Religión católica; y esta declaración, tan espontánea como solemne,



**Ilmo. Sr. D. Juan Vidal
de Llobatera**

Diputado a Cortes de 1871 a 1873

fué objeto de diversos y entusiastas elogios, que le prodigaron muchos periódicos de Madrid y de provincias.

Cuando estalló la guerra civil, el Diputado a Cortes Vidal de Llobatera tomó activa parte en las operaciones militares de Cataluña con el cargo de Auditor de Guerra de los carlistas; en los tiempos de paz coadyuvó eficazmente al mejor éxito de los trabajos de propaganda y reorganización carlistas, y fué colaborador de la ilustración militar carlista, titulada *El Estandarte Real*, que nuestro querido amigo don Francisco de P. Oller publicó en Barcelona con la colaboración del Marqués de Cerralbo (Delegado, a la sazón, de Don Carlos en España), de los generales carlistas Marqués de Valde-Espina, Díaz de Cevallos, Brea, Anrich, Llorens y Barón de Sangarrén, de los Senadores del Reino Conde de Arbelaz y Marqués de Tamarit, y de los señores Conde de Guernica, Brea (D. Reynaldo de), Vila, Rodríguez Maillo,

Esteve, Ortiz de Zárate (D. José Luis), Llopart (D. Gabriel) y Cruz Rodríguez.

El inolvidable Diputado a Cortes y Auditor de Guerra don Juan Vidal de Llobatera e Iglesias falleció cristianamente, después de larga y penosa enfermedad, en Santa Coloma de Farnés (provincia de Gerona) el día 10 de Diciembre de 1909.

Don Celestino de Alcocer y Valderrama

Hijo del señor Don Bernabé de Alcocer, vice-Presidente de la Diputación carlista a Guerra de Castilla en la última campaña, nació en Briviesca (provincia de Burgos) el año 1855.

Su padre le dejó al frente de su casa y familia al partir para Orduña a ocupar su cargo político-militar carlista ya citado; pero su amor a la Causa Tradicionalista y su espíritu militar le movieron a abandonarlo todo, y a pesar de su corta edad, acompañado de un criado, se presentó en Estella, haciendo desde entonces toda la campaña en el arma de Caballería con el cargo de Ayudante de Campo del Brigadier Zaratiegui.

El señor de Alcocer pertenece en la Comunión Católico-Monárquica al elemento militar aun más que al político; por eso siempre que se ha tratado de reorganizar los elementos carlistas o de algo de carácter militar, ha sido como el alma del movimiento en unión de los generales carlistas Pérez Nájera y Solana; en una palabra, es el prototipo del hombre de acción, no pareciendo por ahora conveniente ni oportuno mencionar las causas que hicieron fracasar planes hábilmente preparados cuando terminó la guerra de Cuba.

No obstante su significación militar, nadie ha ido tampoco más allá que él en el terreno político y de la propaganda legal.

Sus intereses y su casa han estado siempre a disposición de sus correligionarios, y con su dinero se han fundado muchos Círculos carlistas en la Rioja, Castilla, La Mancha y



Ilmo. Sr. D. Celestino de Alcocer
Diputado a Cortes por Vitoria

otros puntos de España, estando continuamente como en *activo servicio* (hablando militarmente) para todo lo que ha sido organización y propaganda, mostrándose de continuo pródigo de sus intereses en favor de sus ideales religiosos y políticos.

Sostuvo de su peculio particular *El Basco*, diario de Bilbao, del que también fué Director por algún tiempo, siendo reducido a prisión en dicha capital por la publicación de algunos artículos que provocaron las iras del Gobierno de Madrid; y fué, asimismo, Director y propietario de *El Centinela*, periódico de Burgos.

Luchó como candidato a la Diputación a Cortes por la circunscripción de Burgos, perdiendo el acta gracias a los procedimientos que en los casos comprometidos dan el triunfo

a los candidatos ministeriales; fué nombrado después Jefe Regional de los carlistas de Castilla la Vieja, cargo que sigue ejerciendo en la actualidad; en las elecciones políticas del año 1907 obtuvo el acta de Diputado a Cortes por el distrito de Laguardia (provincia de Álava), y en las del año 1910, para conseguir la unión de todos los amigos de Vitoria, y ante los deseos de unos y otros, presentó su candidatura por dicha capital, cuyo distrito representa actualmente en el Congreso.

Acordado por Carlos VII fundar el *Tesoro de la Tradición*, y necesitándose una persona de reconocida lealtad y confianza para su recaudación, fué el señor de Alcocer nombrado Tesorero General, en cuyo importante cargo le confirmó luego Jaime III al fallecer Carlos VII, a cuyos funerales de Trieste (Austria) asistió en representación del Delegado General y como Jefe Regional carlista de Castilla la Vieja, teniendo, con este motivo, el honor de asistir a la proclamación de Don Jaime por los tradicionalistas.

En ausencias del Delegado General jaimista, señor de Feliú, ha ostentado algunas veces la representación de la Minoría Católico-Monárquica del Congreso el señor de Alcocer, quien, de arraigadas creencias católicas, fué el primero que en el Congreso protestó de las blasfemias del Diputado republicano Azzati, y poco amigo de encubrir en formas retóricas su pensamiento, le dijo claramente que le rompería la cabeza antes que consentirle blasfemar de la Virgen Santísima en su presencia. En fin: la característica del señor Alcocer es un levantado y decidido espíritu militar y de sacrificio al constante servicio de la Causa Católico-Monárquica en todos los terrenos y sumisión absoluta al principio de autoridad, pudiéndosele llamar leal entre los leales.

Don Benigno Bolaños y Sanz (Eneas)

Era natural de Estables de Molina de Aragón (provincia de Guadalajara); manifestó desde sus primeros años gran afición a los estudios, cursando con gran aprovechamiento en el Seminario de Sigüenza y en la Universidad de Zaragoza el doctorado en Teología, en aquél, y el de Derecho y Ciencias Sociales en ésta.

Dieciocho años de edad contaba cuando hizo los primeros ensayos de su brillante carrera periodística en *La Ilustración Católica*. Fundó luego el semanario titulado *El Pilar*, dejando en el mismo las hermosas huellas de su privilegiado ingenio, puesto al servicio de la Causa del Bien; más tarde colaboró en *El Intransigente* y en otras publicaciones de carácter tradicionalista.

En el año de 1888 ingresó con el carácter de Redactor en *El Correo Español* al fundarse éste, sorprendiéndole la muerte ocupando el cargo de Director de dicho órgano oficial de la Comunión Católico-Monárquica.

Su fallecimiento, que fué muy sentido, ocurrió en Madrid el día 13 de Julio de 1911.

La pluma del Sr. de Bolaños (el *gran maestro* como dicen los periodistas del Jaimismo al evocar su recuerdo ilustre) puesta siempre al servicio de los intereses de la Religión, de la Patria y de la Monarquía tradicional, popularizada bajo el pseudónimo de *Eneas*, bien claramente reflejaba su extraordinaria inteligencia, su vasta ilustración y su voluntad indo-



Sr. D. Benigno Bolaños (Eneas)

Director de «El Correo Español»

mable para defender la verdad, impulsado por el fuego que su corazón encendían sus afectos para la Causa Católico-Monárquica.

A pesar de sus reconocidos dotes, *Eneas*, en su trato, no

reflejaba otro carácter que el que sus cualidades le imprimían: siempre fué ingenuo, amable y sencillo.

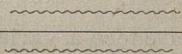
La Comunion Tradicionalista perdió con su muerte a un valiente adalid; la causa católica a uno de sus portavoces más elocuentes.

Esto decía de él el ilustre escritor D. Severino Aznar en *El Correo Español* del día 13 de Julio de 1910, en su precioso artículo titulado *Crucificarse con su pluma*.

Para los jaimistas el nombre de *Eneas* ha pasado a la galería de sus hombres ilustres, al lado de los Villoslada y de los Aparisi, al lado de los Zumalácarregui y los Ollo.

Él no tenía el prestigio de las cicatrices gloriosas, pero no por eso merece menos veneración que el primero de los veteranos. No se batió en las montañas, pero se batió en la ciudad; no hizo la guerra de espada y fusil, pero hizo la guerra de ideas, que no es menos dramática y aniquiladora; no tomó plazas ni defendió reductos, pero conquistó almas para la Causa y sostuvo otras que vacilaban en su fe, y reduplicó en todas la confianza y el entusiasmo, el brio y el coraje. Y todo eso es triunfo guerrero.

Él no escribió grandes dramas como Tamayo; ni novelas primorosas como Villoslada o Pereda; ni libros cargados de doctrina como Manterola; y no deslumbró y sugestionó a las multitudes y a los Parlamentos como Aparisi o como Mella, pero con su labor humilde, algo obscura, y perseverante de periodista, es uno de los hombres que más han influido en el alma de nuestra Comunion, y en general, en toda la política religiosa española.



Don Pedro Llosas y Badía

Nació en la ciudad de Olot (Gerona) en el año de 1870; hizo allí sus primeros estudios, y en el Seminario de Nuestra Señora de Collell (afueras de Bañolas); pasó luego a la Universidad de Barcelona y en Madrid se doctoró en la facultad de Filosofía y Letras; también es abogado, fabricante y banquero.

Desde joven se adhirió al Carlismo; fué vocal y después Presidente del Círculo carlista de Olot, tomando parte en todos los actos de propaganda que se realizaron por su distrito, dándose, con tal motivo, a conocer como notable orador.

En el semanario católico titulado *El Deber*, de Olot, empezó a distinguirse como escritor y polemista.

En el año de 1897 fué elegido Concejal; en el de 1903, Diputado Provincial, y Diputado a Cortes en las elecciones de los años de 1907 y de 1910.

Durante los meses de Mayo, Junio, Noviembre y Diciembre de 1907 interpeló al Gobierno sobre varios asuntos de interés nacional, pronunciando más de veinte discursos, otros seis u ocho más en el año de 1910, y últimamente ha tomado parte en varios debates, en nombre de la Minoría tradicionalista.

El señor de Llosas pertenece a varias importantes entidades tradicionalistas de la provincia de Gerona; ha tenido el honor de ofrecer personalmente sus respetos a Jaime III, y puede asegurarse que el distrito de Olot está orgulloso de verse representado en las Cortes por una tan distinguida per-

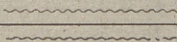


Ilmo. Sr. D. Pedro Llosas

Diputado a Cortes por Olot

sonalidad como ésta, que a su condición de banquero, propietario, comerciante, abogado, elocuente orador e ilustrado hacendista, une el más alto entusiasmo por las libertades regionales, acrisolada lealtad a los ideales Católico-Monárquicos, y que en todo momento se ha distinguido por la energía con que ha sabido repeler las demasías de lenguaje empleadas a veces en el Parlamento por los irreconciliables enemigos del Carlismo.

Hombre de trato afable, sencillo y de vastos conocimientos, el señor de Llosas disfruta de las simpatías de cuantos le conocen, así como del cariño de cuantos se honran con su amistad, y de la consideración que inspira a los que solamente le conocen por el elevado concepto en que justamente le tienen tanto sus amigos como sus adversarios políticos.



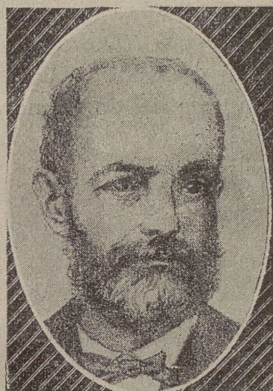
Don Luis de Trelles y Noguero

Hijo del señor D. Vicente de Trelles, Abogado, Síndico del Ayuntamiento de Vivero (Lugo), nació en dicha ciudad el día 20 de Agosto de 1820; hizo, sucesivamente, sus estudios en el Seminario Conciliar de Santa Catalina de Mondoñedo y en la Universidad de Santiago.

En el año de 1840 fué recibido de Abogado, cuya carrera ejerció primero en su ciudad natal, luego en la Coruña (durante diez años) y luego en Madrid.

En 1843 fundó el periódico moderado *El Centinela de Galicia*, y en 1853 fué elegido Diputado a Cortes por el Distrito de su país, Vivero; distinguióse en Madrid como juriscónsulto, publicó notables trabajos profesionales en la *Revista Jurídica y Administrativa* y en *El Faro Nacional*, y al ser destronada Doña Isabel, se adhirió desde luego al Carlismo

Entonces fué uno de los principales colaboradores de *La Regeneración*, de *La Esperanza* y de *El Pensamiento Español*; asistió a la histórica Junta de Vevey (Suiza); fué Vocal de la Junta Central Católico-Monárquica que se organizó en Madrid bajo la presidencia del Grande de España Marqués de Villadarias; también ejerció el cargo de Presidente de la Junta de abogados para la defensa de los carlistas, con cuyo objeto organizó, entusiasta y activo, juntas de abogados carlistas en todas las audiencias y en muchos juzgados de Espa-



Ilmo. Sr. D. Luís de Trelles

Diputado a Cortes de 1871 a 1873

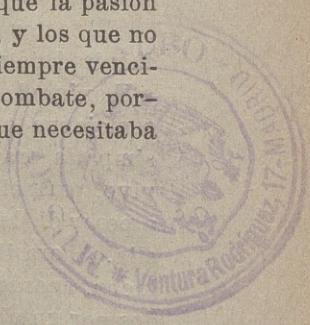
ña; hizo brillantes defensas del célebre Cura de Alcabán, don Lucio Dueñas, y de otros muchos correligionarios procesados por el Gobierno liberal, y se distinguió notablemente como Diputado a Cortes por el Distrito de Vilademuls (provincia de Gerona) que, al efecto, tuvo el buen acierto de elegirle en el año de 1871.

Durante la última guerra civil se ocupó el señor de Trelles en gestionar canjes de prisioneros; parecía embajador de Don Carlos de Borbón en Madrid, llegando a concertar numerosos canjes de prisioneros tanto con el Subsecretario del Ministerio de la Guerra, General Azcárraga, como con los generales en jefe de los ejércitos liberales del Norte, de Cataluña y del Centro; siendo presidido por nuestro ilustre biografiado el famoso canje de Viana, que tuvo lugar a mediados de Junio de 1875.

Después de aquella campaña se dedicó el señor de Trelles a difundir y organizar por España la devoción y el culto

al Santísimo Sacramento del Altar; fundó la confraternidad de Camareras del Sagrario y casi todas las secciones de Adoración nocturna en España; dirigió la revista eucarística, titulada *La Lámpara del Santuario*; y una de las veces que salió de Madrid a visitar las asociaciones eucarísticas le sorprendió la muerte en Zamora, a fines de Junio del año 1891.

en la imaginación de su humilde rival; le veía en la galería de la casa vieja que habían recorrido juntos en una época en que él sólo era un pobre estudiante, desprovisto de todo lo que podía inspirar, no sólo simpatía, sino benevolencia. Ni aun le perdonaba su imaginación el contraste, y su rostro se enrojecía al pensar en lo ridículo de la comparación. ¿Podía extrañar que aquel hombre agradara más que él? ¿Podía extrañar que cerca de Florángel, viviendo entrambos bajo un mismo techo?... A este pensamiento, un dolor punzante, unos celos furiosos se apoderaban de él, y levantaban en su corazón una tempestad que ni el deber, ni el honor, ni la energía de su voluntad lograban calmar. Hay horas en que la pasión no conoce aquí abajo otro poder igual al suyo, y los que no saben buscar su fuerza fuera de la tierra, son siempre vencidos; pero Clemente no debía sucumbir en este combate, porque iba a elevar sus ojos, y a buscar el socorro que necesitaba para dominarse.



IV

El lector ha podido ver que el olvido de sí mismo, y la facultad de vencerse, eran cualidades comunes a Clemente y a Florángel. En efecto, existía entre ambos caracteres, una semejanza que había sido uno de los secretos, para él de la simpatía transformada rápidamente en otro sentimiento más vivo, para ella de una confianza que no se había desmentido a pesar de la transformación de otra especie verificada en ella. Ahora iban a encontrarse ambos empeñados en igual lucha, acosados por la misma causa de sufrimiento y separados por un abismo. ¡Ah! si Clemente hubiera esperado todavía como en otro tiempo que de esta simpatía y de esta confianza nacería otro sentimiento más tierno, ¡con qué gozo, con qué tierno orgullo hubiese visto esa conformidad que entre ellos se revelaba en todo! Pero todo había cambiado de aspecto; ya no había dicha para él; no podía esperar más que sufrir, y penetrar a la luz de lo que pasaba en su corazón, en el cielo que se había abierto un momento delante de él, y luego cerrado para siempre. Hubiera sido de todo punto impotente su energía para ocultar a su prima el estado de su alma, si se hubiese hallado junto a ella; mas después de los días de sombría angustia de que acabamos de hablar, después de entregarse sin trabas a una desesperación, que era ya casi demencia, concluyó al fin por recobrar la claridad de su juicio, y volvió a ocupar tranquilamente su sitio acostumbrado en el hogar de los Muller. A las preguntas de Guillermo contestó que durante su permanencia en Rosenhain había

descuidado varios asuntos a que después necesitó dedicar todo su tiempo, y como estaba de mal humor encontraba más prudente no molestarles con su presencia. A Berta, que también le preguntó de un modo menos vago, dijo con más franqueza, pero no con más pormenores, que había tenido un gran disgusto, y que la suplicaba no hablarle más de este particular, y en seguida tomó su violín y empezó a ejecutar algunos compases de Bach. Berta se puso al piano, y mientras que su marido marcaba el compás, y ella acompañaba a Clemente, Guillermo hizo la observación de que el mal humor de su joven amigo contribuía poderosamente a darle maestría.

—Os juro, señor Dornthal, —dijo,—que nunca habéis tocado como esta noche.

—Puede ser; sí, creo que tenéis razón,—respondió Clemente con aire pensativo.

Así sucedía, en efecto: la música era la lengua elocuente y velada de su alma; todo lo que sabía reprimir, también las palabras, que ninguna tentación ni ninguna emoción harían pronunciar a sus labios, hacían vibrar las cuerdas que gemían bajo su arco, y sus comprimidos pensamientos daban al mudo instrumento una expresión imposible de describir, que no podía oírse sin emoción y sin sorpresa.

Cuando al cabo de quince días volvió a Rosenhain, había desaparecido todo vestigio exterior de la agitación tumultuosa que había sufrido. Recobró junto a Florángel su puesto habitual, sin que nadie adivinara, y ella menos, que entre el pasado y el presente existía para él la diferencia que entre la vida y la muerte. Pero la nueva y extraordinaria simpatía que había entre ellos entregaba a su primo sin saberlo ella el secreto de todos sus pensamientos y de todos sus esfuerzos. También ella era en apariencia la misma que en otro tiempo; ocupaba activamente el día entre atender a Frida, a su tío y a la casa, el trabajo y el estudio, y rara vez se la encontraba ociosa o pensativa. Hilda, su prima predilecta, después de haberla sorprendido también por un momento la vacilación con que respondió a sus preguntas sobre el conde Jorge, cesó casi de dar importancia a este hecho ligero, al verla después

diariamente tranquila en apariencia y activa siempre. Uno solo veía claro y comprendía la expresión pasajera de dolor y de fatiga que a veces obscurecía por un instante su frente y velaba su mirada; uno solo, cuando toda su familia estaba reunida por la noche, notaba su ausencia y la seguía con el pensamiento al banco próximo al río, donde adivinaba que había ido a llorar sola y sin violentarse; y sufría todo lo que sufría ella, y a ella vivía unido de este modo cuando cada día estaba más separado.

Transcurrían entre tanto las semanas, y se recobraba la tranquilidad y la alegría en la familia. El profesor recuperaba gradualmente sus fuerzas morales y físicas, y como le estaba prohibido el trabajo, sus diversiones saludables y permitidas eran la conversación y la lectura. Gracias a la presencia de Hansfelt, esas conversaciones eran generalmente tan interesantes como en otro tiempo, y se creería que Luis Dornthal se hallaba de nuevo en la plenitud de sus facultades, si una debilidad parcial de la memoria no advirtiera a sus amigos que el mal no estaba vencido. Creíase, por ejemplo, en la casa vieja, y esa ilusión se le arraigaba más al verse rodeado de todos sus hijos, y con ellos Gabriela. De otras cosas no olvidaba nada; Hansfelt encontraba en él la misma exactitud y lucidez que otras veces cuando se trataba de historia, de literatura o de ciencias. Diríase que la parte más elevada de su inteligencia renacía y se reanimaba la primera al contacto de la noble imaginación de su amigo; así pasaban las noches distraídas para los más jóvenes, oyendo sus disertaciones, y terminaban por lo regular con música, que el profesor pedía y aun exigía como una de sus meditaciones. Clemente tomaba el violín con gusto, porque observaba que su prima le escuchaba con atención, y se atrevía a dirigirle un lenguaje misterioso que él solo entendía, pero que a veces la hacía estremecer como si oyera el eco de sus propios sufrimientos.

Una noche que había tocado mejor que otras, dijo Florán-gel conmovida:

—Decís que esa música se llama *una romanza sin letra*; pero eso, Clemente, sin duda se ha compuesto para canto, y la letra que expresa debéis conocerla.

—No,—respondió éste;—pero como vos, se me figura oírlo y me parece que existe en alguna parte.

También Hansfelt había escuchado la música con atención, y replicó sonriendo:

—Seguramente existe en el corazón de todos los que aman, y sobre todo de los que aman sin esperanza. Voy a deciros en lengua vulgar, no, en lenguaje rimado, lo que significa la composición que acaba de ejecutar Clemente.

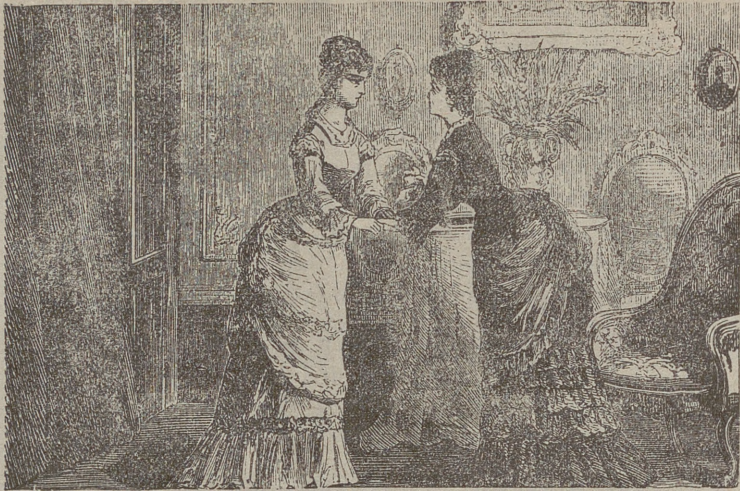
Y tomando un lápiz, escribió apresuradamente cuatro versos, cuya idea era próximamente esta:

Del mal que un amor ignorado
nos hace sufrir,
llevo yo el corazón desgarrado
hasta morir.

Clemente no replicó, y cambió de tema bruscamente: los niños se levantaron palmoteando al oír su tarantela favorita, y su alegría fué extraordinaria: Florángel salió de la habitación, creyendo que nadie la veía; pero Hilda la había observado atentamente aquella noche, y la siguió decidida a obtener una confesión completa de lo que pasaba en su corazón; así, entró suavemente tras ella en su estancia. Florángel no la esperaba, y se había dejado caer en una silla, ocultando el rostro entre las manos y en una actitud que expresaba a la vez el dolor y el abatimiento. Hilda se acercó a ella y la estrechó entre sus brazos, y la joven levantó vivamente sus ojos llenos de lágrimas.

—¿Te acuerdas,—le dijo Hilda con voz suave y cariñosa,—te acuerdas, Gabriela, de aquel día en que yo lloraba también en la biblioteca de la casa vieja? Tú me preguntaste por qué, y yo te abrí mi corazón. ¿Es verdad que no lo has olvidado? ¿Quieres hoy responderme lo mismo?—Y al verla mover la cabeza sin hablar, continuó:—Siempre me ha parecido que la dicha de que disfruto, la debo a mi confianza en ti aquel día. ¿Por qué no quieres tratarme del mismo modo, y esperar como yo?

—Porque tú tenías la dicha en tu mano, y sólo te impedía disfrutarla un obstáculo quimérico.



—Te obedeceré, Gabriela mía.

—¡Cuántos obstáculos parecen insuperables, y sin embargo, se vencen con el tiempo, o con una firme voluntad! ¿Por qué el conde Jorge?...—dijo lentamente bajando la voz.

—No prosigas, Hilda, te lo suplico,—interrumpió Florán-gel con agitación. Y después de un breve silencio, durante el cual su prima se había quedado como cortada, prosiguió con voz más tranquila:—Escúchame, y ya que lo quieres hablemos de él; consiento en ello: hablemos una vez para no volver a hablar jamás. Dime,—exclamó con amarga sonrisa:—¿puedes hacerme una gran señora rica y noble como él? ¿Puedes quitarle su nobleza y hacerle pobre como yo? En una u otra suposición, y sobre todo en la última, nada ¡ay! nada más que su voluntad podría separarme de él; pero es evidente, ¿verdad? que el sol saldrá para todos mañana como hoy, y que ya no estamos en los tiempos de las hadas, en que se verificaban sorprendentes metamorfosis para vencer las dificultades y realizar los deseos de los pobres mortales. Ayúdame, pues, Hilda, te lo suplico, ayúdame a olvidar, a vivir, y hasta a curarme, no hablándome jamás ni de mí, ni de él...

Hilda la estrechó en silencio, y la retuvo largo rato entre sus brazos.

—Te obedeceré, Gabriela mía,—dijo en fin:— te prometo callar desde hoy, y esperar para pronunciar su nombre, a que tú lo pronuncies primero.



V

Así pasaron el verano y el otoño sin ningún incidente nuevo, excepto algunas alternativas en la lenta convalecencia del profesor, y algunos instantes felices para Clemente, iluminados con el reflejo de sus muertas esperanzas, raros y seguidos de tristes reacciones, pero dulces y que vivían largo tiempo en su memoria. Así quedó grabada en ella un hermoso día de Octubre, en que su prima y su hermana Hilda habían consentido en que él las condujera en una barca hasta más arriba de su morada, donde se veía una umbría isleta, en la cual pasaron algunas horas hablando con la expansión de una dulce intimidad, y leyendo los pasajes predilectos de los libros que llevaban. Al encontrar la mirada simpática y conmovida de Florángel, al oír su voz argentina, cuando sucesivamente y tan bien leían uno como otro; al hallarse con ella en aquel sitio solitario sin otro testigo que aquella cuya ternura para entrambos parecía formar un lazo más, la esperanza volvía a entrar en su corazón, como un huésped que penetra violentamente en un recinto cuya puerta encuentra cerrada; mas ¡ay! para ser expulsado inmediatamente, y dejar como antes sola la morada que invadió. A la vuelta, mientras que remaba con la mirada fija en Florángel, vió, a medida que el día terminaba, y que la impresión suave y gozosa, pero pasajera, que acababa de experimentar, se desvanecía, revivir el *otro* recuerdo más triste, más tierno que nunca, y dar a sus ojos, ya fijos en la corriente rápida y sombría, ya errantes por la ribera, aquella expresión que tan

bien había aprendido a conocer, que penetraba su corazón de piedad y de simpatía hacia ella, pero que al propio tiempo le hacía estremecer y palpitar de angustia, como si el hierro o el fuego tocasen su herida, haciéndola sangrar y desgarrándola.

Dos meses más tarde le proporcionó la fiesta de Navidad otro de esos instantes de fugitiva ventura. La víspera, aniversario nunca olvidado de la llegada de Floráγγελ, toda la familia reunida creyó encontrarse en los buenos tiempos pasados. El árbol de Nochebuena estuvo tan brillante como otras veces; la señorita Josefina, tan pronta a participar de la alegría de sus amigos como a evitarles que tomaran parte en sus penas, quiso contribuir a embellecerle, y todos encontraron en sus ramas algún recuerdo de su generosidad: en seguida se hicieron las guirnaldas de acebo, que en la comida del siguiente día adornaban las frentes de las hijas del profesor y de Floráγγελ, y luego la música y el baile. La alegría de los demás, que fácilmente llegaba a ser suya, la regocijó más que de costumbre, y a ella se entregó sin resistencia; alegría juvenil que en ciertas horas se sobrepone a todo, y toma a veces con sobrado exceso la parte que se le ha negado con excesivo rigor. Resonaba la risa de Floráγγελ como una armonía; su alegre voz se mezclaba a la de los niños, y hacía estremecerse de gozo al que la contemplaba con entusiasmo mezclado de sorpresa. Aquellos ojos brillantes, aquel animado color, el esplendor que la alegría da a la belleza había desaparecido hacía mucho tiempo de la faz de Floráγγελ, y Clemente no podía verlo renacer sin sentir un júbilo que le embriagaba y le hacía olvidarlo y esperararlo todo; pero pronto quedó desengañado.

La señora Dornthal estaba sentada junto a su marido, de cuyo lado nunca se separaba; aparecía en sus labios su bondadosa sonrisa viendo a sus hijos en torno suyo, y de cuando en cuando se inclinaba hacia el profesor para cerciorarse con satisfacción de que tomaba parte en todo lo que pasaba con el gusto de siempre y con completa presencia de espíritu. De pronto le vió perder el color; observó que Clemente la hacía una señal con la mano, y la comprendió: el ruido le molesta-

ba; al punto quedó todo en profundo silencio, y la familia rodeó el sillón del profesor. Parecía, en efecto, muy cansado: habíanse cerrado sus ojos, y reposaba su cabeza sobre el hombro de su esposa. Todos esperaban con ansia sus primeras palabras al salir de aquel estado de somnolencia. En efecto, abrió los ojos, paseó por los circunstantes una mirada vaga e inquieta, y volviéndose a la señora Dornthal, la preguntó con tristeza pasándose la mano por la frente:

—¿Por qué no está Félix? Yo lo sabía, pero lo he olvidado.

Este nuevo desfallecimiento de su memoria, aquel nombre que despertaba tan penosos recuerdos, pronunciado de un modo que no lo era menos, disipó toda la alegría, y si bien este suceso, causado por un poco más de ruido y de cansancio, no fué considerado de gravedad, la impresión fué sinistra, especialmente para Florángel, que tenía doble y reciente motivo para sentirla. Clemente, que ya por Steinberg sabía su encuentro en Florencia, participó de ella en silencio, y una vez más desapareció de su corazón el destello de alegría que en él brillaba, quedando en más densas tinieblas que antes. Pero lo que no podía prever era la influencia decisiva que sobre su humilde destino iba a tener un acontecimiento grave y público, que en aquellos momentos pasaba lejos de allí, y en una esfera completamente extraña a la suya.

VI

Quince días habían transcurrido desde la fiesta de Navidad, cuando al llegar a casa de los Muller un poco más temprano que de costumbre, encontró Clemente a Guillermo en el umbral de la puerta.

—¡Ah!—le dijo.—Llegáis a tiempo; tenemos trabajo. Esta mañana ha venido un correo de Petersburgo con graves noticias: tendremos un gran movimiento en los negocios.

—¿Os referís a la muerte del emperador Alejandro? Ya la sé desde ayer; ¿qué más hay?

—Bastante, a fe mía. Se ha prescindido de Constantino, y el que va a suceder en el imperio es el gran duque Nicolás.

—¿Estáis bien seguro?

—Sí; y no es eso todo. Esa noticia ya circulaba desde ayer; pero la que el correo de hoy ha traído, es más grave. Parece que ha estallado una conspiración.

—¿Dónde?

—En Petersburgo. El 24 de Diciembre, cuando salió el correo, se batían en la plaza del palacio, y el emperador acaudillaba las fuerzas.

—¿Constantino?

—No, su hermano.

—¿El gran duque Nicolás? ¿Era él el jefe de la conspiración?

—Al contrario, más bien lo sería Constantino; pero él de ninguna manera. No es fácil atar cabos, porque todo eso está sumamente confuso; mas de todas suertes, venid, si queréis

ayudarme, porque tendremos muchas cartas que escribir. Esta noche se sabrán indudablemente otras noticias, y seguramente a estas horas no estará el señor Waltheim en casa.

Los dos amigos se encaminaron a casa de su principal el señor Waltheim; y apenas habían andado diez pasos, divisaron un grupo numeroso reunido delante de la puerta de una casa de bella apariencia, situada en la acera de enfrente. Era la legación de Rusia. Tan luego como preguntaron, supieron que acababa de llegar otro correo a escape, lleno de polvo, y medio muerto de cansancio, pues había salido de Petersburgo el 26 de Diciembre, y hecho el viaje en diez días.

—¿Y se sabe qué noticias trae?—preguntó Muller al que le dió estos informes.

—No; y de seguro *aquí* no dirán sino lo que les convenga que sepamos.

—¡El 26!—dijo Muller siguiendo su camino.—¡Y tanto como convendría poder adivinar el contenido de estos pliegos!

—No tardarán en recibir esas mismas noticias otras legaciones, sin contar las que por su parte nos dará nuestro corresponsal. Mas ahora recuerdo; uno de los agregados a la delegación de Francia se ha mostrado muy amigo. Estoy tentado de ir a preguntarle algo.

Pareció excelente la idea a Muller, y en vista de ello Clemente se dirigió a toda prisa a la legación de Francia, mientras él se encaminaba a su escritorio, a donde debía ir a reunirse con él su amigo.

El agregado de la legación era el vizconde de Noiny, que habiendo asistido a una reunión pública en que Clemente había hablado, se aficionó a él, y desde entonces paseaban a menudo a pie o a caballo, y buscaban todas las ocasiones de reunirse, si bien con más afán por parte del vizconde. Clemente contaba con que le recibiría bien, y en efecto, tan pronto como dió su nombre, fué introducido en un saloncito, dependiente de la cancillería, donde por lo regular trabajaba el vizconde, y en el cual le encontró sentado junto a una mesa cargada de papeles, y antes de que el recién llegado

podiera decirle una palabra, el joven diplomático, sin dejar su asiento, exclamó:

—¿Venís a traerme, o a pedirme noticias?

—¡Vaya una ocurrencia! Bien sabéis que los correos del comercio no caminan tanto como los de gabinete.

—A veces más.

—Pero hoy, por desgracia, no es así.

—Lo siento, porque el nuestro todavía no ha llegado.

—Ahora mismo llega el de la legión de Rusia, que ha salido de Petersburgo el 26.

—Nos lo han dicho en este momento. Es una carrera fabulosa, y por eso recelo que el nuestro no haya podido hacerla; y cuenta, que no se duermen en la embajada de Francia en Petersburgo.

En esto sonó vivamente una campanilla, abrióse la puerta, presentóse un portero que hizo una seña al vizconde, y éste salió corriendo, después de exclamar:

—¡El correo! ¡Bravo! ¡Viva el embajador! Es una gran hazaña no tardar más que una hora después del correo ruso. Aquí tenéis cigarros: sentáos en ese sillón y esperadme, que no tardaré en traeros noticias.

Clemente tomó asiento, encendió un cigarro y se puso a leer un periódico esperando sin impaciencia al vizconde junto al brasero, que a pesar de la estufa, no estaba de sobra en aquella estación rigurosa; mas había pasado ya una hora, empezaba a cansarse, y se disponía a salir, cuando apareció el diplomático con una porción de cartas que arrojó sobre la mesa, diciendo:

—¡Uf! No es sólo leer y descifrar: ahora es preciso escribir en cifra, y Dios sabe a qué hora podré salir.

—¿Podéis al menos, sin indiscreción, decirme algo del contenido?

—Sí: las noticias son buenas. Todo está acabado: la lucha fué enérgica, pero corta, y el nuevo emperador ha estado admirable: los regimientos rebelados volvieron a la obediencia, y todos los jefes del complot están presos: lo único grave es que [entre ellos se encuentran comprometidos muchos personajes pertenecientes a la nobleza y a la alta sociedad: esto

me interesa mucho, porque antes de venir aquí estuve en la embajada de Petersburgo, y a todos los conozco.

—¿Les nombran?

— in duda. Trubezkoy, Rilieff, Muravieff, Wolkousky, y otros; pero entre ellos hay uno que me ha asombrado de encontrar. ¿Quién hubiera pensado que Walden iría a meterse en ese laberinto?

Clemente sintió a su corazón dar un vuelco, y exclamó:

—¡Walden decís! ¿El conde Jorge de Walden?

—El mismo. ¿Le conocéis?

—Sí tal.

—Pues bien, ¿comprendéis que un hombre de talento y distinguido como él entre en semejante conspiración? Conspiración atroz, porque se trataba nada menos que de asesinar al emperador, y proclamar en seguida una república, para la cual parece que el nombre de Constantino sólo era un pretexto.

—¿Y está gravemente comprometido el joven Jorge?

—No puede estarlo más: está clasificado entre los que no pueden esperar otra cosa que la Siberia o la muerte. Pero dispensadme, Dornthal, tengo que dejaros: me parece que tenemos tela cortada para toda la noche. Tomad,—añadió sacando un papel del bolsillo,—aquí tenéis una carta que este mismo correo me ha traído de Petersburgo: en ella quizá encontraréis sobre este asunto pormenores que os interesarán.

El agregado desapareció por la puerta de la cancillería, y Clemente salió de la estancia y de la casa sin poder reponerse del estupor en que le había dejado la noticia que acababa de recibir. Dirigióse maquinalmente al escritorio, donde Muller le esperaba, le dió cuenta de lo que acababa de saber, a excepción del hecho en cuya comparación todos los demás incidentes de este suceso político le eran insignificantes, y ocupó su puesto haciendo esfuerzos sobrehumanos para dominar sus pensamientos y conducirles al trabajo que estaba haciendo. Cuando acabó, se despidió de Muller, llegó antes que él a casa, y sin entrar en la habitación de su huésped, subió a la suya, y se encerró. Necesitaba estar y pensar despacio lo que debía hacer en presencia de un acontecimiento tan grave e

imprevisto. ¡Gabriela! no pensaba más que en ella, en ella sola. ¿Cómo soportaría tal golpe? ¿Cómo darla semejante noticia? Largo rato estuvo sumido en sus reflexiones, sin pensar en la carta que tenía en el bolsillo: acordóse al fin, y con la esperanza de encontrar en ella alguna luz, empezó a leerla atentamente; después de varios preámbulos, que pasó rápidamente por alto, llegó a lo siguiente:

«Esta conspiración, que ha estallado como el rayo, y que parecía ser efecto lógico de la indecisión que había en los primeros días de este reinado, pues no se sabía cual de los dos hermanos era el verdadero emperador, según se dice, es mucho más antigua. Me han asegurado que tiene ramificaciones extensas y profundas, y que los que la han urdido y estaban al frente, se han valido de las circunstancias consiguientes a la muerte de Alejandro, como un pretexto. Dícese que su plan estaba ya formado, y que debía llevarse a cabo en la primavera, si la vida del emperador difunto se hubiera prolongado hasta entonces; pero lo que se da como evidente, es que un gran número de los que hoy se encuentran gravemente comprometidos, sólo tenían una idea muy imperfecta de lo que se preparaba: no dudo de que a ese número pertenece nuestro pobre amigo Jorge de Walden. Ya sabéis que siempre estaba pensando en reformas posibles o imposibles: por desgracia suya, este año encontró en Italia un tal Lasko, tan inteligente como hábil, pero intrigante, capaz de todo, metido desde hace diez años en todas las conspiraciones, que han agitado a Italia y a Alemania. Preso, libertado, Dios sabe cómo, que ha usado mil nombres: en una palabra, uno de esos seres maléficós, de quienes hacen dóciles instrumentos los verdaderos jefes de las grandes tramas que nos rodean. La casualidad puso en contacto con él a Jorge, y persuadido por él, tuvo la debilidad de asistir una vez y por curiosidad, a una reunión en que, para colmo de desventuras, se hallaba uno de esos jefes de que acabo de hablar... Comprendió éste al punto el partido que se podía sacar del nombre, posición y entusiasmo de Jorge, y hasta de su ignorancia del verdadero fondo de las cosas, y le decidió a ir a Petersburgo en una época determinada, y a estar dispuesto a se-

cundar el movimiento combinado para hacer una manifestación preparada con el mayor secreto, pero demasiado numerosa para que pudieran ahogarla, cuyo objeto era la realización de algunas reformas anheladas por Jorge. Sé todos estos pormenores por el marqués Adelardi, aquel milanés tan amable, que pasó un invierno aquí hace tres años, y que, como sabéis, es íntimo amigo de Jorge. El marqués, inquieto por su repentina partida de Florencia, y sobre todo por no verle volver al cabo de tres meses, vino a ésta llegando tres días antes del 24, en que se da por seguro que Jorge se hallaba en la plaza, en primera fila, al frente de los insurrectos. Adelardi asegura que lo ha hecho de buena fe, convencido por los que querían seducirle de que la renuncia de Constantino era una fábula, y que era preciso sostener sus derechos en interés de sus proyectos que el príncipe estaba dispuesto a secundar. Lo que de todas suertes resulta cierto, es que a su lado peleaba ese Lasko, que fué muerto en el momento en que iba a disparar un pistoletazo a boca de jarro al gran duque Miguel. Un testigo, uno solo, porque se necesita valor para atestiguar a favor de un hombre que se encuentra en tal situación, ha declarado que fué Jorge quien apartó el arma mortífera y salvó la vida del gran duque, antes que el ayudante de éste hiriera al asesino; pero todos los ánimos, palaciegos o no, están muy irritados contra él para que se pueda hacer valer esta circunstancia en su favor: él por su parte rehusa también obstinadamente prevalerse de ella, la actitud arrogante que ha tomado desde que está preso empeora sus asuntos, complicándoles todavía más la presencia en su casa, en clase de secretario, de un italiano, a quien hacen muy sospechoso sus relaciones con Lasko: llámase Fabián Dini, que estaba también en la plaza el día de la asonada, y ahora se halla gravemente herido...»

Aquí se detuvo Clemente: las últimas líneas le aterraron: veía confirmados todos sus vagos temores, y que el destino fatal de su primo se cumplía hasta el fin. Malaventurado y portador de mala ventura: éste era Félix: capaz de ver su vergüenza, e incapaz de salir de ella; buscando la acción y el peligro, y obligado a ocultarse en la sombra, debía necesari-

las once de la noche con su general, ya sin esperanzas de vida. Nuestras bajas fueron de más de cuatrocientos hombres, y puédesse presumir que no bajaron de igual número las del enemigo. A excepción de los tres batallones de Van-Halen, aquel que fué tan escogido cuerpo de tropas, en particular la caballería de la Guardia Real, no presentaba en la mañana siguiente, al formar abatido y deshecho en las afueras del pueblo, sino una muchedumbre desorganizada cubiertos de duelo los semblantes.»

El Académico de la Real de la Historia D. Antonio Pirala, en su *Historia de la guerra civil*, (tomo cuarto páginas 89 y siguientes de la edición de 1869) dice así: «Los carlistas llegaron a Huesca a las doce de la mañana del 24 y fueron revisados por Don Carlos, que salió de Lupiñán a las seis de la misma, pasó por Alerre y Cilla, cuyos habitantes se esmeraron en proclamarle, y se halló aquí con el coche del Obispo de Huesca, que no quiso aceptar para entrar en la ciudad.

»Presentáronle las llaves el Ayuntamiento y Cabildo, y al dirigirse la corte carlista a la Catedral después del desfile de las tropas, cuyo porte y marcial aspecto llenó de asombro a los oscenses, que apenas creían lo que veían, máxime al contemplar un batallón de argelinos, decidiéronse al fin a victorear a Carlos V, quien fué recibido a la puerta con cruz y palio, se cantó un solemne *Te-Deum*, y Don Carlos y Don Sebastián se alojaron en el palacio episcopal.

»El cadáver del brigadier isabelino León fué recogido y sepultado por su antiguo amigo el Coronel carlista D. Tomás de Reina, que había servido con aquel bravo jefe liberal en la Guardia Real de Caballería de Fernando VII.

»El batallón de argelinos carlistas llegó a apoderarse, aunque momentáneamente, de la artillería isabelina, que fué rescatada por los argelinos liberales.. . . .

»Aun a las mismas calles de la ciudad se llevó el combate, y en ellas perecieron algunos bravos, que pretendían llegar hasta el mismo alojamiento de Don Carlos para matarle, aun-

que muriesen luego: solos, desbandados, consiguieron morir haciendo inútil su heroísmo.

»La pérdida de esta corta, pero sangrienta batalla, se ha calculado en cerca de *dos mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros*. Fué grande la saña con que se peleó: jefes y soldados que habían perdido sus caballos, cargaron a pie con espada o lanza en mano, e hicieron proezas.

»Los carlistas, si bien no dejaron sobre el campo de batalla ningún jefe superior muerto, contaron entre sus heridos al General Sopelana, al Brigadier D. Pascual Real, al Coronel Don Manuel García Segovia, que murió después, al Coronel Puértoles que falleció de resultas de la amputación de un muslo, al de la misma clase Don José Hermosilla, muerto sin querer por sus mismos soldados; los capitanes Puente, Prada y Salazar y no pocos extranjeros.

»Tal entusiasmo por pelear había entre los carlistas, que hasta dos Gentiles hombres de Carlos V, que estaban exentos de servicio aquel día, D. José Antonio de Sacanell y D. Juan Guillén, pidieron y les fué concedido puesto en la batalla: comportamiento no común de cortesanos.

»Tres días permanecieron los carlistas en Huesca descansando sus laureles, celebrando el triunfo con mascaradas y luminarias y visitando Carlos V los heridos a quienes socorrió cariñosamente, llevándose los que pudo el 27 al dirigirse a Barbastro por Quincena, Siétamo y Alcahadre.

»La entrada en Barbastro fué más entusiasta que en Huesca; satisfizo por completo a los carlistas. Colgaduras en los balcones, iluminaciones, y aclamaciones, hasta dejar a Don Carlos en el palacio del Marqués de Artesona, después de haberle entregado las llaves de la ciudad, a la puerta de ella, la Junta, a la que encomendaron la salvación las autoridades y nacionales que abandonaron a Barbastro, considerando inútil la resistencia.

»El 28 se trasladó Don Carlos con toda su corte a la catedral, donde se celebró Misa cantada y *Te Deum* con música. Al mediodía, y cuando todos vagaban por la ciudad, los tam-



Excmo. Sr. D. José Sacanell

Gentil - hombre de Carlos V

bores y las cornetas introducen la alarma, corren las gentes, se cierran las puertas, se forman las tropas, aumenta el barullo el recuerdo de Huesca, y en medio de este azoramiento se presenta Don Carlos a caballo, de uniforme, y rodeado de toda su servidumbre, pregunta dónde estaba el enemigo, y se dirige a él; lo cual entusiasma al soldado, que le victorea. La alarma la había producido un reconocimiento que mandó practicar Oráa, y no tuvo ulteriores resultados. Los liberales se retiraron, y los carlistas volvieron a sus alojamientos, restableciéndose la calma. »

A fines de Mayo había logrado reunir el General en Jefe del Ejército isabelino del Centro, D. Marcelino de Oráa, a sus inmediatas órdenes, para operar contra la expedición de Carlos V, un ejército de trece mil infantes con mil cuatrocientos caballos y doce piezas de artillería.

He aquí la organización del Ejército del General en Jefe Oráa:

Primera División de Infantería: Estaba mandada por el Brigadier Mr. Conrad (Joseph), Jefe de la Legión auxiliar francesa, y lo era de su Estado Mayor el Coronel D. Manuel de Mazarredo. La primera Brigada, al mando del Brigadier D. Antonio Van-Halen, se componía de los dos batallones del 2.º Regimiento de Granaderos de la Guardia Real y del 2.º Batallón del Regimiento de África, 7.º de línea. La segunda Brigada constaba del primer Batallón del 6.º Regimiento ligero, del provincial de Ávila, y de dos batallones de la División auxiliar francesa; mandaba esta Brigada el Coronel del 6.º de Infantería ligera, D. Angel Nogués.

Segunda División de Infantería: La mandaba el Mariscal de Campo, D. José Clemente Buerens, que tenía por Jefe de Estado Mayor al Coronel D. Juan de la Pezuela. La primera Brigada, a las órdenes del Coronel del 3.º de Infantería, D. Sixto Fajardo, se componía de los batallones 1.º y 2.º de su Regimiento y del Batallón de Guías del General. La segunda Brigada, al mando del Brigadier D. Ramón Solano, estaba com-



Excmo. Sr. Marqués de la Solana
General Carlísta

puesta del primer Batallón del 18.º de línea y de los dos primeros del 10.º

Brigada de Vanguardia: Tenía a su frente al Brigadier D. Carlos Villapadierna, y de Jefe de Estado Mayor al Comandante D. José Sánchez; constaba de los terceros batallones del 4.º y 5.º de línea, del 1.º del Rey, del 2.º de Fusileros

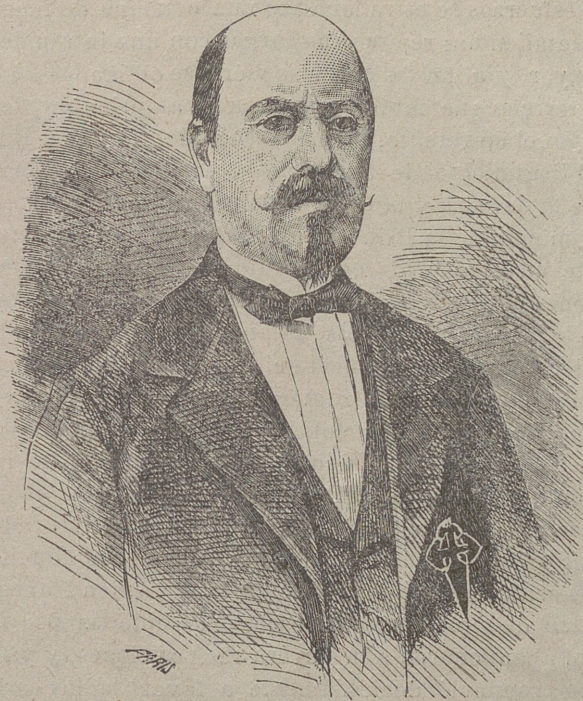
de Aragón y de tres escuadrones, uno del 4.º Ligero, otro del 6.º y el de Francos de Aragón.

División de Caballería: La mandaba el Brigadier D. Diego de León (más tarde titulado Conde de Belascoain), tío del Brigadier del mismo nombre y apellido, que acababa de alcanzar la envidiable muerte del héroe en los campos de batalla de Huesca.

El Coronel D. Juan Refojo era el Jefe de Estado Mayor de esta División, la cual se componía de los escuadrones de los cuerpos siguientes: uno de Granaderos a caballo, otro de Coraceros y dos de Lanceros, todos de la Guardia Real; uno del 5.º Regimiento de línea, otro del 1.º Ligero y tres de Húsares de la Princesa, con un resto venerable del afamado Escuadrón de emigrados polacos, siempre bravo y siempre diezmado por los carlistas, particularmente en la batalla de Huesca.

Artillería: Se componía de dos baterías españolas y una francesa; una de las baterías españolas estaba mandada por el Teniente Coronel D. José Venent, la otra por el de igual graduación D. José Molins; tanto estas baterías como la francesa contaban con cuatro cañones cada una.

Al frente de este aguerrido y numeroso Ejército dirigióse en la mañana del día 2 de Junio de 1837 el General en Jefe isabelino Oráa hacia Barbastro, al encuentro de los carlistas, quienes le recibieron con nutrido fuego, que hizo retroceder a las tropas del centro de la línea liberal, sobre la cual lanzáronse entonces briosamente los arrojados voluntarios de Carlos V, cuyo movimiento de avance, rápido y atrevido, hizo vacilar a los tiradores liberales de la derecha, que acabaron por replegarse en desorden al amparo de su reserva. Alentados los carlistas con aquella ventaja, se propusieron decidir la acción con un golpe vigoroso, amenazando envolver la derecha de sus contrarios, quienes lanzaron brida sobre ellos sus brillantes escuadrones. Pero firmes y serenos los batallones carlistas, rechazan la carga sin oscilar ni un punto, como si fueran de roca sus masas, y los escuadrones liberales se retiran ante ellas en desorden, complicándose así la situación de las tropas del General Oráa, quien acudió valeroso a sostener con su voz y con su ejemplo el espíritu de las divisiones de su mando.



Excmo. Sr. D. Antonio de Arjona
General Carlísta

Animada con la heroica actitud de su General, avanzó entonces la segunda línea isabelina con marcial decisión; su caballería del centro y de la izquierda recibe orden de lanzarse impetuosamente sobre los batallones carlistas, y el propio General en Jefe Oráa se adelanta a la cabeza de sus tropas, como buscando en los puntos de mayor peligro la manera de volver por su honor comprometido y de salvar de una derrota la Causa de su Reina: los escuadrones de húsares y de lanceros de la Guardia Real y del Regimiento de Borbón

se arrojan valerosamente sobre las masas carlistas; sus primeros esfuerzos se estrellan ante una columna de fuego, mas no se desalientan; repiten sus cargas con una intrepidez cada vez mayor, y al fin los carlistas viéronse obligados a abandonar el terreno que habian conquistado al principio del combate. En el entretanto, los batallones del Rey, del Infante y del 2.º Regimiento de fusileros de Aragón ocuparon una altura de la derecha y la defendieron con bizarra constancia; y el Regimiento de la Princesa apoderóse a la bayoneta de un boquete en el que los carlistas apoyaban su posición; y los batallones de los regimientos de Córdoba y de Almansa, auxiliados por los cazadores y lanceros de la Guardia Real, restablecieron ventajosamente el combate por el centro de la línea liberal. Pero en la izquierda de ésta resultó adversa la pelea para las armas isabelinas. El Brigadier Conrad dió orden de avanzar al 2.º Regimiento de la Guardia Real y a un Batallón del de Africa, sostenidos por quinientos caballos del Regimiento 1.º de Ligeros; pero tuvieron que retroceder ante el valor y porfiado empeño de los carlistas; en aquellos momentos críticos, cuatro compañías de la Legión francesa, encargadas de proteger el retroceso, dominadas por terrible pánico, abandonaron a la carrera sus posiciones, y ya la victoria se pronunció decididamente a favor de los carlistas a pesar de la bravura del Brigadier Conrad, que alcanzó en tan ruda refriega la gloriosa muerte de los héroes, salvándose el ejército liberal en su retirada gracias al heroísmo del General D. Antonio Van-Halen (agraciado más tarde con el título de Conde de Peracamps), cuyo bravo jefe, con admirable valor, con serenidad impasible e incontrastable que supo infundir al 2.º Regimiento de la Guardia Real de infantería, impidió quedase deshecho en aquel ensangrentado campo de batalla el Ejército isabelino, cuyas bajas llegaron a mil entre muertos, heridos, contusos y prisioneros.

Carlos V concedió a su heroico Ejército, por aquella nueva y brillante victoria, una Medalla de distinción, que fué propuesta y *dibujada* (lo mismo que las medallas de Oriamendi, de Huesca y de Andoain) por Su Alteza el Infante Don Sebastián Gabriel de Borbón y de Braganza, cuyo augusto señor

no se limitó a acreditarse de ilustrado literato y de bravo y experto General, sino que toda su vida se distinguió por su notable afición a las Bellas Artes, lo que tenemos el honor de poder atestiguar, ya que como precioso recuerdo de tan dignísimo señor Infante de España conservamos, al través de tantos años, dos hermosos cuadros por él pintados, obsequio con que tuvo a bien honrar a nuestro abuelo paterno.

Examinadas las principales obras que sobre la primera guerra carlista se han escrito, consideramos oportuno copiar aquí algunos de sus párrafos, como complemento de lo que acabamos de exponer relativo a los memorables hechos de armas que recordamos en el presente capítulo.

El General liberal Marqués de Mendigorría en la página 148 del tomo segundo de su interesante obra, titulada *Mis Memorias Íntimas*, se expresa así: «Espartero llegó tarde a Navarra para impedir la salida de Don Carlos, y las tropas quedaron literalmente diezmadas después de cinco días de camino, que fueron otros tantos de combate, sufriendo la pérdida de varios jefes valerosísimos, y entre ellos la irreparable del General Gurrea, atravesado por una bala al cruzar el río Orío.

»Entretanto libraba Don Carlos con los doce mil soldados escogidos, que componían su cuerpo expedicionario, y sus seiscientas lanzas, la victoriosa batalla de Huesca, que costó la vida a Iribarren, encargado por Espartero de perseguirle, y poco después la no menos favorable y renombrada de Barbastro, que permitió al rebelde atravesar el Cinca, sin que bastaran en Grá el sable de Zabala, la lanza de León y toda la pericia de D. Marcelino Oráa para estorbar su marcha y entrada en Solsona, su paso del Ebro y su afortunada unión con el Ejército de Cabrera.»

D. Ildefonso Antonio Bermejo, Gentil-hombre de Don Alfonso XII, en la página 381 del tomo primero de *La Estafeta de Palacio* dice lo siguiente: «Las pérdidas de las tropas cristinas, batidas en Huesca y Barbastro, dieron la gloria del vencimiento al Pretendiente, que aun fuera del territorio destinado a ser teatro de sus triunfos, se veía lisonjeado por la fortuna, y estos primeros y venturosos meses de su expedi-

ción daban a temer que seguidos por iguales o mayores ventajas, llegase Don Carlos a enseñorearse del corazón de la monarquía, y aun a ocupar el trono de su sobrina.»

El General isabelino Marqués de San Román en su obra titulada *Campañas del General Oráa* (páginas 117 y 123) hace estas afirmaciones: «Don Sebastián durante las batallas de Huesca y de Barbastro, cual se vió más tarde en la de Grá, y siempre en las campañas del Norte, dió pruebas de pericia, serenidad y valor personal.

»La muerte del bravo y afable Brigadier Mr. Conrad, encañecido en los combates, fué universalmente sentida, y la juventud tuvo que llorar la del bizarro Capitán D. Juan González Ibarra, ayudante de campo del General en Jefe que pereció en las guerrillas de la izquierda.»

Finalmente, el Académico de la Real de la Historia don Antonio Pirala en su *Historia de la guerra civil* (páginas 100 y 101 del tomo segundo, edición de 1869) dice lo que sigue: «La batalla de Barbastro fué porfiada y sangrienta, unos y otros combatientes pelearon con tanta bizarría como inteligencia. En

uno y otro campo hubo víctimas ilustres, rasgos heroicos e imprudencias, como la que cometió en el carlista el Capitán de Estado Mayor, D. José Fulgosio, haciendo descender de la posición que ocupaba el primer batallón de Cas-



Excmo. Sr. D. Rafael Salas
(a) Planademunt
Brigadier Carlista

tilla, sin haber recibido orden para ello, comprometiendo las a este cuerpo, y haciéndole experimentar una pérdida tan inútil como sensible. Aquellos soldados, al verse cargados por la caballería y próximos a perecer todos, formaron pequeños cuadros, y haciendo fuego sobre sus contrarios se replegaron por entre un viñedo al amparo de un escuadrón que se adelantó.

»Se ha culpado a Oráa por el desastre de Barbastro como se culpó a Iribarren por el de Huesca. No les acriminaremos como se ha hecho. Si en un jefe abundaba el valor en el otro la previsión, y Oráa con toda su pericia, e Iribarren con su valentía, tuvieron que volver la espalda a su enemigo que sólo desprecia el que no le conoce.

»El valor entró en esta batalla por mucho, y negar el que emplearon los carlistas sería parcialidad. Peleas en que la sangre de los jefes se mezcla con la de los soldados, son siempre heroicas. Las de Huesca y Barbastro lo fueron. Y en verdad que no es fácil decir, en buena lógica, quienes se distinguieron como más valientes, si los vencidos o los vencedores.

»Cuando tal valor se emplea, concedamos algo a la fortuna, ésta ayudó a los carlistas, y a ella y a su valor debieron la victoria.

»A la pérdida material de los isabelinos se añadió la moral, no menos lamentable para cualquier ejército, y ella contribuyó lastimosamente al resultado de posteriores sucesos.»

En las batallas de Huesca y de Barbastro distinguióse el antiguo oficial de la Guardia Real y luego del Cuerpo de Estado Mayor isabelino, D. Eduardo Fernández de San Román, quien con el tiempo llegó a ser Teniente General y Marqués de San Román.

Faltaríamos, a nuestro juicio, a un deber de gratitud si

no consagráramos un respetuoso recuerdo a su buena memoria.

En efecto: a poco de promovérsenos a oficial del Ejército alfonsino, hubimos de escribir una Memoria que, dicho sea sin falsa modestia, no creemos que valiese nada: lo único que si acaso pudiera tener de particular aquel nuestro primer ensayo, reduciríase a mostrarse en él nuestra afición a la historia militar y el atrevimiento de revelar simpatías hacia los ideales tradicionalistas, aunque dentro de los severos límites que podía permitirnos el uniforme que a la sazón vestíamos. A pesar de todo ello, aquel bondadoso e inolvidable General se dignó honrarnos felicitándonos por nuestro modesto trabajo, y, animándonos a proseguir en nuestras lecturas favoritas, llevó su amabilidad hasta el extremo de regalarnos algunos de los retratos ya curiosos (por lo antiguos) que figuran en nuestros libros y a dedicarnos afectuosamente un ejemplar de su notable obra titulada *Campañas del General Orda*, que ya habrán visto citada nuestros lectores en estas páginas.

El ilustre General Marqués de San Román ganó la Cruz de San Fernando en la acción de La Cénia, y batióse bizarramente en Arlabán, Cirauqui, Mañeru, Estella, Erice, Mazquiz, Larrainzar, Lizaso, Huesca, Barbastro, Grá, Morella, Mirabel, Aliaga, Alcalá de la Selva y Alpuente: fué Subsecretario del Ministerio de la Guerra, Capitán General de Castilla la Vieja y de Granada y Director General de Infantería en el reinado de Isabel II; en 1870 se le dió de baja en el Ejército por negarse a reconocer el Gobierno revolucionario, y luego Alfonso XII le confirió las Direcciones Generales de Ingenieros y de Infantería.

También dió gallardas muestras de su ilustración y de su ingenio en discretos libros, trascendentales folletos y artículos profesionales: el ilustrado General de Ingenieros don José Almirante al ocuparse en su interesante *Bibliografía Militar* de los trabajos literarios del General Marqués de San Román, dice lo siguiente: «La antigua amistad con que nos honra, haría sospechar hasta el más inocente adjetivo de lisonja o cortesía. No haremos, pues, observación alguna. Ni es

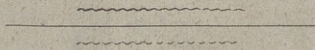


Excmo. Sr. Marqués de San Román

General Isabelino

necesaria. Tan conocidas son sus dotes de escritor, como su repugnancia a la publicidad. Pensador profundo, crítico severo, bibliófilo insaciable, ha logrado, a fuerza de perseverancia y de dispendios, una biblioteca militar, la primera, sin disputa, de España.» En estas breves frases hay un juicio exactísimo del caballero y del literato.

Los que éramos oficiales hace una treintena de años, nunca podremos olvidar el relevante mérito que contrajo el venerable, simpático y querido General Marqués de San Román como Presidente de la Junta Directiva del Centenario del *Marqués de Santa Cruz de Marcenado*, de las brillantes fiestas patrióticas que por iniciativa del bravo jefe de Artillería e ilustrado publicista, D. Luis Vidart, se celebraron en honor de la ejemplar memoria de aquel insigne Teniente General de Felipe V, que inmortalizó su nombre con sus célebres *Reflexiones Militares* (traducidas en breve en casi todos los idiomas europeos) y dando gloriosamente su vida a cambio de la victoria que alcanzó en el barranco de la sangre, como Gobernador de la plaza de Orán, el día 21 de Noviembre del año 1732.





XXIII

Cherta

(29 de Junio de 1837)

*Victoria obtenida por el General carlista Cabrera sobre el
General isabelino Borso di Carminati*

En Allepuz (provincia de Teruel) hallábase el General carlista Cabrera cuando el día 23 de Junio del año 1837 recibió orden del Ministro de la Guerra de Carlos. V para que se situase en Cherta, orilla derecha del Ebro, el día 29, y tuviese preparadas lanchas y barcas para pasar el citado río aquel augusto señor y las tropas que le acompañaban en su famosa expedición por Aragón, Cataluña, el Maestrazgo y Castilla.

Pero por la parte de Cherta se encontraban ya los generales isabelinos Noguerras y Bosco di Carminati, y no había por allí barcas, porque las que no fueron destruidas por dichos generales habíanlas enviado ellos a Tortosa; era, por lo tanto, preciso, para que Cabrera cumpliese como leal y bravo, que batiese a Noguerras y a Borso di Carminati y condujese barcas a las aguas de Cherta.

Empezó por esto último, mandando que una columna bajase a los Alfaques y se apoderase de las barcas de San Carlos

de la Rápita: así se hizo, y, colocadas en carretones y rodillos, fueron conducidas por tierra, a fin de que no las detuvieran en la plaza fuerte de Tortosa las tropas isabelinas; en dos días quedaron ya las barcas del puente de San Carlos de la Rápita a disposición de la expedición de Carlos V.

Entonces se hizo necesario batir al General isabelino Bosco di Carminati, e impedir que éste se uniera con su compañero Nogueras.

El primero de los citados generales, con seis batallones (dos de ellos portugueses) y tres escuadrones, apoyando su derecha en el río Ebro, la izquierda en el camino de Armas del Rey, y el centro sobre el camino de Pauls, creía contar con todas las probabilidades de arrollar a los carlistas.

El General carlista Cabrera con otros seis batallones y dos escuadrones, ocupaba el estrecho camino de Cherta al Ebro, el pueblo y la ermita de San Martín.

Ambas divisiones enemigas se hallaban a tiro de fusil una de otra.

El bravo jefe carlista Pertegaz, colocado por Cabrera en las alturas de Armas del Rey para impedir el paso al General isabelino Nogueras, había jurado sostenerse en ellas hasta morir, si ello fuera necesario.

Así estaban las cosas a las cuatro de la madrugada del día 29 de Junio de 1837, cuando apareció la vanguardia del Ejército expedicionario de Carlos V por la orilla izquierda del Ebro.

El General Cabrera, entusiasmado con la presencia de su Monarca, arengó a sus batallones, que prorrumpieron en gritos de *¡Viva el Rey!* y ordenó acto seguido el ataque.

Entonces el bravo Brigadier carlista Forcadell, con dos batallones de la división de Valencia, tomó a la bayoneta las posiciones de los enemigos alrededor de la ermita, y las compañías de preferencia se apoderaron también de los demás puntos importantes que ocupaban los soldados del General isabelino Borso di Carminati, quien desde aquel momento se batió en retirada procurando cubrir el camino de Cherta a Tortosa.

El General Cabrera, al frente de otros dos batallones que